

KEITH A. Mc DUFFIE

ALGUNOS CUENTOS CORTOS DE JOSE DE LA CUADRA

El valor principal de leer las obras menores de un escritor de reputación establecida radica en la perspectiva que nos da de su desarrollo artístico. Tal desarrollo suele ser cronológico, como lo es en el caso de José de la Cuadra. La virtud de un libro como **Repisas**, para los que quieren estudiar a este gran escritor ecuatoriano, es el esquema que nos presenta de su paso de cuentista capaz, con abundantes rasgos de ingenio, a narrador cabal de un libro como **Los Sangurimas**, sin duda la obra capital de este miembro del llamado "Grupo de Guayaquil".

No debemos entender mal esta apreciación, **Repisas** es una colección de relatos cortos que muestran bien a las claras el talento del escritor que los dio a luz. Pero es un talento no siempre bien logrado, a pesar de ser siempre visible en los pocos fracasos. Está muy lejos de la ejecución magistral de **Los sangurimas**. Tampoco llega, con quizás una excepción, al alto nivel de otra colección del mismo autor, **Horno**, relatos para los cuales **Repisas**, sin duda, preparó el terreno.

Vemos un desarrollo, pues, desde la narración fina, satírica y humorística hacia un estilo y contenido más comprometidos y hasta más personales. El escritor parece ir descubriendo la materia narrativa propiamente suya; o sea, desde sus sátiras de la burguesía y la aristocracia de la ciudad va al ambiente rural donde la vida se hace lucha aplastante. Desde sus visiones irónicas de la alta sociedad pasamos a las situaciones casi desesperadas del pueblo rural. Un suave tono irónico llega a ser casi un **cri de cœur** ante el espectáculo de una sociedad que parece mantenerse por el martirio de los de abajo.

Es el desarrollo de un hombre que tenía que escribir, y que podía, pero que iba encontrando su propio camino por medio de la experimentación. ¿Acaso hay otro tipo de aprendizaje para un escritor? De-

cir todo esto no es desvalorizar, sino señalar los méritos más destacados de José de la Cuadra.

Se divide el libro en cuatro partes: **Del iluso dominio; Para un suave —acaso triste— sonreír; Con perfume viejo; y Las pequeñas tragedias.** Son divisiones bien hechas, como veremos. Pero primero, una nota sobre el título. **Repisas** representa el deseo del autor, al reunir estos cuentos. Pensando en un viejo armario vacío que quedaba en su casa familiar, ha querido llenar sus repisas con sus invenciones para quitar la soledad de aquel mueble viejo. Por eso, ha buscado la variedad, y podemos decir que la ha encontrado, aunque con éxito de igual.

La primera parte, **Del iluso dominio**, trata de varios aspectos del tema de amor. El primer cuento, de clara experimentación, es un cuento epistolar y diálogo. Se trata de una muchacha que relata, por cartas y una llamada telefónica, la historia de su noviazgo y casamiento infelices, cumplidos por razones sociales y no amorosas. Mientras tanto, un hombre, mayor que ella con veinte años, la ama profundamente, y se destruye por medio de la bonachera continua. Hombre de talento, periodista de profesión, se pierde por su amor no correspondido. Se desarrolla el argumento en un estilo económico, vivaz, y es aquél una crítica de cierta actitud burguesa, que quiere mantener determinado nivel de vida a toda costa, y de una mujer frívola que parece incapaz de un verdadero amor. El título "Mal amor" es sin duda irónico y de doble filo. Concurren algunas palabras inglesas, unas de la época de los 20: **flapper, flirt, birthday**, etc. En efecto, el autor nos presenta el "autorretrato" perfecto de un **flapper**.

El segundo cuento, también de título irónico, "Camino de perfección", nos descubre una mujer que se arrastra desde la pobreza de su juventud hasta la posición de "dueña del más acreditado **atelier** de modas de la ciudad", un tipo de Narciso femenino que no quiere entregarse a ningún hombre para no perder su belleza y su fuerte ambición. Un día se da cuenta de que ha perdido su belleza con los años, y que ha perdido el amor. Pero una noche, sin oponer la menor resistencia, es violada por un borracho, y tiene una hija, símbolo quizás del amor perdido por su narcisismo obsesivo. Encontramos otra vez el empleo abundante de palabras inglesas y francesas, hasta latinas: **demodé, atelier, sui generis, as you like it** que dan cierto aire cosmopolita a la narración.

Sigue otro cuento de amor no correspondido, esta vez con un suicidio como resultado. De la Cuadra trata, en "Aquella Carta", de la mujer pragmática de la alta sociedad, incapaz de una verdadera compasión. Pero, como en el cuento "Mal amor", hay un sentido de jus-

ticia, y la mujer lleva su merecido —la vida sin amor. Aquí la ironía es aún más despiadada y sardónica.

“Loto-en-flor” tiene un aspecto exótico del amor: un hombre, después de varias aventuras amorosas no reveladas, se enamora de una japonesa, y la deja en casa bajo la custodia de un negro brasileño; éste le expone a la japonesa los amores anteriores de su amado, y ella se suicida. Luego el narrador mata al negro. La japonesa es una flor extraña, un amor tan exótico como su suicidio por el harikani. Parece más un titere que un ser humano, y aunque hay cierto afán melodramático, no sentimos la tragedia, que quizás buscaba el autor.

“Si el pasado volviera...” es más una viñeta de dos viejos, un abogado consultor y una dama de alta sociedad, quienes viven con la nostalgia de su mutuo amor perdido por las exigencias de sus vidas distintas. Casi no hay argumento, pero de la Cuadra logra bien el triste ambiente de la vieja pareja y sus sentimientos de la vida perdida.

El último cuento de esta sección, quizás el más largo del libro, nos pinta el retrato psicológico de un joven enamorado, con todas sus pasiones y dudas abrumadoras, y la pérdida de su amor mediante las maquinaciones de su prima, una paralítica que lo ama. “El derecho al amor”, es un lindo estudio psicológico del amor juvenil, pero como cuento sufre de un desenfoque de propósito: ¿quiere el autor mostrarnos la psicología del joven, el asunto de la mayor parte del cuento, o quiere descubriernos la situación patética de la inválida consumida que no tiene más amparo y arma en el amor que la decepción femenina? Seguramente no logra el último propósito, si así lo fuera, por falta de un desarrollo psicológico comparable con el del joven. Parece más su papel el de **deus ex machina** gratuita; cualquier amor puede acabar en fracaso, como éste, y lo de verdadero interés son los estados anímicos del joven. La “intrahistoria” de la muchacha sería otro cuento. Según el título “El derecho al amor”, el propósito del autor no acuerda con su ejecución.

Sin embargo, no hay falta de interés. Nos pinta el ambiente de moda de la gran ciudad y de la joven sociedad urbana. Ya hemos advertido el uso de galicismos y anglicismos, y abundan aún más aquí: **janitor high life**, **Wabash blues**, **dinner dancing** (variante curiosa del sustantivo **dinner dance**), **dancing garden**, el baile **fox** yanqui, **romantic and sweet fox**, **matinée**, etc. Algún empleo de tales palabras es justificado. Pero, como resulta el uso sobrecargado de francés en la prosa inglesa, llega a ser una afectación, y hasta una falta de confianza en los recursos lingüísticos del idioma español.

En resumen, la primera parte nos presenta los aspectos trágicos, mejor dicho, patéticos, del amor, y una representación bastante anti-

pática del papel de la mujer en este eterno juego de amor. Un concepto bastante cínico y parcial, pero desde luego los amores felices son raras veces materia dramática.

La segunda parte, **Para un suave —acaso triste— sonreír**, nos descubre el lado humorista del escritor; a veces las sonrisas son más que suaves. El tono irónico y satírico sale aún más en relatos como "El poema perdido", "El anónimo" (brillante variación del viejo tema del cornudo), "La muerte rebelde", versión cómica de un tema que trata luego con más gravedad el autor en la tercera parte en el cuento "El hombre de quien se burló la Muerte". Esta versión, como la segunda, dibuja una aristocracia inútil y decadente; pero en "La muerte rebelde" hay mucho humor— el autor juega maliciosamente con su personaje, quien se pregunta: ¿Cuál es la finalidad de esta vida? Responde cínicamente el autor: "Y acaso no escaseara razón a la sin razón que en su razón se hacia"

"Iconoclasta" resulta otra viñeta, y no muy convencedora. Se trata de una esposa enamorada de Jesucristo por su belleza física, y el marido que la desilusiona por decirle que Cristo era feo, que su belleza era solamente interior. Se burla del apasionamiento físico que pasa por la fe espiritual, pero parece bastante absurdo el asunto, hasta inverosímil. "De como entró un rico en el reino de los cielos" es la sátira de un millonario norteamericano, seguramente entretenida, pero con un tema que parece sacado de diarios norteamericanos, y un concepto bastante estereotipado del yanqui rico. Pudiera ser un relato de la pluma de W. Somerset Maugham, una narración hábil, si no muy profunda.

En esta sección José de la Cuadra parece seguir la tradición de cierto tipo de escritor inglés y francés, la sátira social hecha con destreza de buen cuentista. Nos recuerda Maugham, Sakai, de Maupassant, Anatole France, entre otros. He aquí otro aspecto de la universalidad del gran escritor ecuatoriano, si no lo mejor de su producción.

Añade el autor más palabras inglesas y francesas a la lista ya bastante larga: **flirteando, spleen, hobby, interview**. También frases latinas: **substractum, post mortem, maris stella**, y la griega **Eureka**. Pero de aquí en adelante hay una notable eliminación de tales palabras de su léxico, en favor del español.

Dos cuentos componen la tercera parte, **Con perfume viejo**. Como introducción, el autor explica: "Si no tuviéramos leyendas, acaso habría que inventarlas". Es la definición, si no la misma aplicación, del concepto de la ficción de otro sudamericano, Jorge Luis Borges. El primer relato es una joya de la "mitificación" en el cual el autor evoca, en un ambiente de misterio, un mito moderno de un joven, único hijo de una viuda rica, que se ahoga en un río mientras lo atra-

viesa con una manada de reses, y desaparece en la corriente. Para darle la protección del Cielo, la madre pone una cruz de madera en el río, con un flotador en el extremo inferior del brazo largo. El resto es puro mito, y de una belleza casi igualada en toda esta colección. El estilo aquí también nos recuerda a Borges y otros escritores de lo fantástico. Es un buen ejemplo del procedimiento de evocar el misterio por medio de dos o tres posibilidades, sin nunca decidir bien entre ellas: "Cierta vez la cruz **salvó** a una mujer... Y esto —que bien pudo atribuirse a la casualidad...". También: "...así, durante meses, durante años— muchos, según la versión popular; apenas dos, en realidad..." La visión final del esqueleto sepultado bajo el agua tiene la nota obsesiva de un viejo romance aglo-sajón.

El otro cuento es la ya mencionada versión de la Muerte burladora, tratada aquí con más seriedad y un aire funesto. El destino (mejor dicho, la Muerte) parece jugar con un hombre. Si no logra el éxito del otro cuento "mitológico", "La cruz en el agua", quizás sea porque el autor no consigue evocar el ambiente propicio de misterio sobrenatural que pudiera justificar mejor el desenlace fatal e irónico. En el primer "mito" de la Cuadra suscita en el lector aquel "willing suspensión of disbelief", en las palabras de Coleridge, aquella espontánea suspensión de la duda que determina la fe poética. "El hombre de quien se burló la muerte", si no llega a ser mito, tiene sin embargo la calidad de una pesadilla implacable.

La última parte de la colección, **Las pequeñas tragedias**, presenta ocho relatos, algunos, sin duda, los más impresionantes del libro. Como indica el título, el autor quiere demostrar que las pequeñas tragedias son no menos trágicas por su vulgaridad cotidiana; al contrario, el dolor mudo es quizás mayor que la catástrofe pública. El cuento "Miedo" trata de un hombre calumniado que rehuye la vida como consecuencia. No se casa con su novia por miedo de perder luego su amor, y pasa la vida sin vivir. Es el tema de Henry James en un cuento suyo; "The Beast in the Jungle", pero el relato de José de la Cuadra sufre por la comparación. Quizás sea porque no podemos dar nuestra compasión a un hombre tan cobardía; no vemos bien la justificación psicológica de su renuncia, o por lo menos, no podemos aceptarla.

El cuento "Castigo" trata de una coincidencia casi increíble, pero que parece tener su base en una realidad. Una mujer de la clase media engaña a su marido. Un día su amante, un médico, queriendo salvar al hijo de la mujer, lo mata accidentalmente, y la mujer enloquecida mata al médico en su furia. Desgraciadamente podemos adivinar esta trágica coincidencia, pero la rapidez de la narración impide

de el fracaso del "suspense"; la acción frenética del desenlace tiene una calidad casi cinematográfica.

"El fin de la 'Teresita'" no es más que un incidente evocador, de un viejo cholo, "lobo de mar" de tipo rubenderiano. Les pide a algunos guardiamarinas ecuatorianos que disparen contra su vieja balandra para que "se hunda en el mar herida de bala; para que así se muera... de una manera digna..." y no como madera vieja para construir otros barcos. Hay un ambiente patético, pero ambos el viejo cholo y su balandra resultan además símbolos de la valentía que quiere desafiar al destino antes de rendirse.

"Chumbote" resulta el cuento más impresionante del libro. Se pudiera decir que es el resultado de su materia tremendista; no cabe duda de que lo feo y chocante de los detalles son casi demasiado vivos. ¡Pero en el contexto se encuentra su justificación, y no parece que José de la Cuadra haya buscado obscenidades por motivo de su propio valor escandalizante! Es difícil estar de acuerdo con Alfredo Pareja Diezcanseco cuando dice que "(Chumbote) pudo haber sido una obra maestra, si no se hubiera precipitado su final por una obscenidad innecesaria, tan rijosa como inverosímil". En muchos estudios psicológicos se encuentran casos semejantes, en su esencia si no en los detalles. Si son increíbles, no son inverosímiles.

El autor quiere historiar la reducción progresiva de un ser humano, un cambujo, a un animal, una bestia, como consecuencia de su tratamiento a manos de sus dueños. Su venganza es bestial, sea obscena o no, y completamente de acuerdo con su estado psicológico. Además, no llega como sorpresa; como buen cuentista que es, José de la Cuadra nos da sobrada anticipación del final, que tampoco es precipitado. Además, en este cuento encontramos el estilo del autor en su forma más económica, tanto en el vocabulario y en la sintaxis como en el uso de detalles. Hasta ahora, sólo en el cuento del joven enamorado de "El derecho al amor" ha profundizado tanto en la psicología de sus personajes. Pero no hay el desenfoque de propósito que parece estropear el otro cuento; aquí va el cuento a su conclusión lógica como la flecha al blanco.

De los cuatro cuentos que nos quedan, podemos decir que en todos encontramos el estilo ya maduro de José de la Cuadra, frases cortas, descripciones breves pero evocadoras, el uso acertado del diálogo para desarrollar la narración sin gastar palabras, y rasta la nota lírica. Todos tratan de la vida rural, de la vida de lucha, siempre con desenlace trágico y brutal, en que la naturaleza viene a hacer un papel no visto en los cuentos anteriores. Pero la naturaleza tiene como rival en su残酷 la del hombre mismo. Es crítica social, seguramente, pero nunca se reduce a un sermón. Literatura comprometida

da, pero literatura sobre todo. Tres de los cuentos figurarán entre los mejores del libro; uno puede considerarse como un noble fracaso.

“Maruja: rosa, fruta, canción...” es notable por la tensión estética que saile de dos **leitmotivs** opuestos, uno de la lírica belleza de una mujer chola, el otro la amenaza de la naturaleza. Narrar los detalles sería destruir el cuento: el arte del autor se encuentra precisamente en la fusión de estos dos temas. Sin embargo, no deja de ser realista el cuento. Es una descripción de la vida de los peones ecuatorianos a la vez que es la exposición de una situación universal: el hombre que lucha contra la vida por su amor, y por medio de su amor da nueva vida al mundo, aunque pierde la suya.

“El desertor” es otro cuento del destino implacable, pero mejor logrado, porque el destino se justifica en los detalles mismos. Se trata en efecto de la destrucción de un hombre, de un peón. El valor de su vida, al aparecer inútil, está en su lucha de hombre contra las circunstancias aplastantes que le rodean, circunstancias que al fin vienen a destruirle a la vez que a definirle. Encontramos aquí una crítica aguda de la política campesina:

“Hacía mucho tiempo que los hombres de los campos habíanse convencido de esta cruel verdad de la política paisana: un jefe de partido les prometía encantados paraísos; los enganchaba en sus filas; aprovechábase del tesoro de sus arrestos y su sangre; triunfab...; y luego, ellos, los vencedores de veras, a curar sus heridas, a explotar la caridad extraña con la exhibición de sus lástimas físicas, a vegetar de nuevo —en las rústicas solledades— rumiando recuerdos...”

(Obras completas, Quito 1958, pág. 308).

La naturaleza parece simbolizar los destinos de estos peones:

“Sol en el orto. Bellos tintes —ocre, mora, púrpura, cobalto— ostentaba el cielo la mañana aquella. Y en medio de la pandemoníaca mezcla de colores, la bola roja del sol era como coágulo de sangre sobre carne lacerada. (Pág. 303).

“Venganza” es otro cuento muy corto, demasiado corto. Su desarrollo brevíssimo no da lugar a una justificación psicológica y emocional, de parte del lector, para los feos detalles tremendistas que componen el relato. La única base es la brutalidad del personaje principal, agravada por la borrachera. Pero, gracias a la acción vertiginosa, no carece de interés; la emoción que nos da es de horror y de incredulidad.

“El sacristán”, otro relato con rasgos tremendistas, resulta más eficaz, por dárnos un estudio más profundo del protagonista. El cuen-

to es la crítica implícita —casi siempre en José de la Cuadra la crítica es implícita y no explícita— de la estructura social del poblacho paisano y del papel de la religión y del clero en esta sociedad. Pero la crítica, por ser implícita, no es menos acerba. El final es un accidente, pero es sumamente lógico, lo que es otra manera de decir que la catástrofe es elemento esencial del destino de los de abajo.

En resumen, estos veintiún relatos nos muestran una gran parte de la variedad narrativa de José de la Cuadra. Pero nos muestran a la vez que el autor ha encontrado la materia propiamente suya cuando vuelve hacia las clases bajas de su país. Quizás todo depende de la actitud estética del lector. No se puede decir que la literatura comprometida tiene mayor valor literario por ser tal; muchas veces suele ser todo lo contrario. El hecho es que José de la Cuadra resulta más convincente cuando trata de los hombres aplastados por la vida. Posiblemente los comprendió mejor, les tuvo más compasión. Es la parte de la realidad ecuatoriana que vivió con más claridad, que verdaderamente sintió como artista y como hombre.

Se pudieran dar razones puramente estéticas en el caso de este libro: un estilo mejor desarrollado en los últimos cuentos, estudios psicológicos más profundos, y un manejo más seguro de los elementos narrativos. Pero la perspectiva que nos dan sus obras posteriores puede indicar que el talento de José de la Cuadra halló su verdadero cauce en tales temas, en cuya exposición su estilo iba depurándose hasta llegar a un verdadero dominio de la materia.

Podemos considerar a José de la Cuadra como representativo de cierto tipo de escritor latinoamericano, heredero de una cultura universal que se asimiló para luego reflejar la realidad que le rodeaba. En su caso, es la realidad de un Ecuador que, treinta años después de la publicación de esta obra, sigue luchando con los mismos problemas. En este sentido, José de la Cuadra es un escritor preponderantemente ecuatoriano, y sus obras reflejan la escena ecuatoriana de ayer y de hoy día. Pero en su humanidad, en su compasión y su sentimiento de justicia, es un ciudadano del mundo moderno. Y de esta manera, sus obras pasan las fronteras de su país y llegan a tener un valor y un interés universales.